

PACIFICO: OPOSICION ESTUDIANTIL

El domingo de la segunda vuelta de las elecciones francesas, a 12.000 kilómetros de París, cerca de San Francisco, reina del Pacífico, y de la penitenciaría de Alcatraz, que le hace compañía, fue decretado el toque de queda en la Universidad de Berkeley. El más célebre de los once «campus» de la Universidad de California cuenta, al igual que el de Los Angeles, con 28.000 estudiantes. Según la policía, en lo que ella llama «el motín» participaron unos 3.000.

Todo comenzó el viernes por la tarde. La manifestación la organizó la «Joven alianza socialista», movimiento que se ha negado a hacer campaña para las elecciones presidenciales. Había que protestar contra «las brutalidades de la Policía francesa, demostrar la solidaridad con los estudiantes franceses».

el odio del «campus»

La manifestación empezó fuera del «campus», en el cruce de Telegraph Avenue, que sirve de confluencia a los estudiantes de negligencia moderada y a los «hippies» intransigentes. Estos «contestan» todo, incluso los estudios, y viven en aquel perímetro lleno de tiendas orientales y de cafés con pretensiones europeas. Esta marea barroca bate el admirable «campus», sus céspedes, sus edificios, en los que el estilo vieja Inglaterra alterna con el estilo neo-Brasilía. La «plaza del happening» se extiende ante el edificio administrativo: una alcaldía provinciana. Esta plaza fue invadida. De acuerdo con el esquema archisabido ya en Francia, la revuelta se fortificó —en el sentido estratégico del término— en dos noches. Fieles al ejemplo francés, levantaron barricadas con automóviles prendieron fuego a los cajones de basura. Al día siguiente, las granadas lacrimógenas de la policía y los cócteles Molotov de los manifestantes causaron cuarenta heridos, diez de ellos entre las fuerzas del orden.

Apenas se ha hablado de esto. Y sin embargo, Francia se empezaba tan sólo a recuperar de la guerra de Argelia cuando, en 1964, Berkeley gritaba ya «NO» a la guerra de Vietnam. Berkeley, célebre en ciencias, ha dado importantes dirigentes a las industrias de guerra. Allí es donde Robert Oppenheimer puso a punto la bomba atómica. De allí se iba a experimentar en las montañas más azules del mundo, Los Alamos,

en Nuevo Méjico. Allí es donde se convirtió en «el caso Oppenheimer» de la Comisión de actividades antinorteamericanas. Volveremos sobre el tema. Berkeley tuvo el mérito de lanzar los primeros «peacenicks» y «viet-nicks», los primeros pacifistas. Y sin embargo la Universidad depende del Estado de California, cuyo gobernador es Reagan, el ex «cow-boy» de los films hollywoodenses, uno de los hombres políticos más reaccionarios de los Estados Unidos. Reagan tiene horror a los «cabeza de huevo» universitarios. Tiene horror a todos los «campus». Corta los créditos. Pero algunas grandes sociedades y diversos donantes rellenan el agujero: millones excluidos de los impuestos, añadidos al «standing». A Reagan le gustaría aterrorizar, pero la Universidad está gobernada por regentes inamovibles.

válvulas de seguridad

Sin embargo, en 1964, la administración limitó el derecho a hablar de política en los «campus». Inmediatamente surgió el «Free speech movement». Tras este «Movimiento de la Palabra Libre», nacerá un pequeño partido, enteramente californiano, el «Peace and Freedom party»: «Paz y Libertad». Más tarde, han aparecido semanarios: «Free Press», en Los Angeles, y «Berkeley Barb», en San Francisco. Cuando se penetra en sus librerías, situadas en pleno centro de la zona comercial, se le corta a uno la respiración. Guerra de destrucción masiva en Vietnam, guerra fría con China..., pero los inmensos retratos de Ho Chi Minh y de Mao coronan las estanterías llenas de libros, que compran estudiantes barbudos, descalzos y de pelo largo, en tanto que algunas chicas, pelo largo y faldas «a mitad de cadera», ojean folletos que tratan de la inocuidad de la marihuana. El «Chc» alterna con los Beatles; Brigitte Bardot con Trotsky... y la librería huele al incienso de la calma yoga.

Son las válvulas de seguridad del «Establishment». Fueron creadas, en 1964, a causa de la «contestación» de Berkeley, que saltó por todas partes. Cuatro años más tarde estalla el gran año de la «contestación» general. El 8 de marzo, las empresas que proporcionan el napalm al ejército, la «Dow Chemical», acudieron a reclutar técnicos en cierto número de «campus». En

Nueva York se manifestaron mil estudiantes, y en Los Angeles cientos de ellos obligaron a los reclutadores a observar mayor discreción. Periódicamente, estudiantes y no estudiantes se reúnen a gritar ante la fachada de la «Dow Chemicals». El 25 y 26 de abril hubo agitación tanto en Nueva York como en Boston, tras la huelga del 15 de marzo en la Columbia University. Los recientes incidentes en esta Universidad, con ocupación de los locales, estuvieron ligados al problema racial y a las insuficiencias internas de la Universidad.

En el momento en que estallaba el Barrio Latino, Berkeley convocaba a un «commencement», que duró varias horas, contra la guerra y la represión. Ante el micro, algunos profesores demostraban lo absurdo, lo nocivo de la política gubernamental. Una mujer muy joven habló de su marido, encarcelado por su acción de paz: «Estamos contra la violencia —dijo, con voz de niña—, pero los que lanzan napalm empiecen a practicar la no-violencia».

En otra manifestación se ha visto un estudiante desnudo portando una pancarta: «No soy obsceno; la guerra lo es». De este modo mezclaba todas las luchas contra las hipocresías.

De Los Angeles tan sólo se conoce Hollywood, las villas de multimillonarios de Beverly Hills o quizá las autopistas que atraviesan esta falsa ciudad de 80 kilómetros.

cruces de madera

Pero hay también la U. C. L. A. (University of California Los Angeles). Liguémosla a su Universidad gemela de Berkeley mediante el «caso Oppenheimer». La obra de teatro fue presentada en el teatro más elegante y burgués de la ciudad, con dos años de retraso respecto a las capitales europeas. El día del estreno, la sala estaba colonizada por la gente de los laboratorios y de los «campus». A mi lado, un profesor de la U. C. L. A., especialista en teatro, olvidando sus habituales críticas sobre la interpretación, la dirección, los accesorios, reprochaba con pasión a «Oppie» el haber realizado la bomba, haberla experimentado, haber señalado en el mapa las ciudades japonesas sobre las que había que lanzarla. Allí el «caso Oppenheimer» rebasaba la escena, se convertía en la historia de uno de los suyos. ¿Cuántos espectadores conocían por experiencia personal el sillón del acusa-

do, el sillón del testigo de la Comisión de actividades antiamericanas, reconstituidos ambos con una minuciosidad naturalista?

El «campus» de la U. C. L. A., al pie de las colinas, brilla el sol, chispea con sus flores rojas y malvas, con sus chicas de faldas cortas y violetas, con sus largos muchachos que tocan la guitarra. Yo les he visto inflamarse, de marzo a junio, entre el asesinato de Martin Luther King y el de Kennedy, tan cerca de allí. Previsora, la administración concede a los estudiantes un perímetro de «desfogue» en plena Universidad: un inmenso césped, reluciente de colores, de pendiente suave, en donde tienen derecho, bajo el sol de mediodía, a decir cuanto quieran. En principio, los reglamentos de la Universidad prohíben hablar de Marx. Allí, en Meyerhoff Park, los barbudos se mueven a sus anchas. Desde lo alto de una escalera de piedra, la más célebre de las cantantes de folklore, Joan Baez, no canta, sino que explica por qué su marido ha quemado su cartilla de movilización. Antes y después de su aparición, similares autos de fe se multiplicaron.

Un día he visto el césped de la libertad sembrado de cruces de madera, algunas de las cuales tenían grabada la estrella judaica de David. Ante el sendero, un féretro. Dentro, un esqueleto de una clase de anatomía vestido con traje de paracaidista. Escrito con cifras enormes, sobre la bandera estrellada, el número de graduados universitarios muertos en Vietnam... «El surrealismo es para nosotros un objeto cotidiano —decía un artista—. Hay que servirse de él para condicionar los espíritus, hacerles temblar de horror ante la palabra guerra, del mismo modo que a los perros de Pavlov se les hacía la boca agua al oír la palabra carne».

mala conciencia

Otro día, a media mañana, en la mayor sala de la Universidad, el más conocido y el más decidido de los oradores del Poder Negro, Stokely Carmichael, aborrecido por todas las autoridades americanas, ha acudido a hablar a los estudiantes. Sin concesiones. Ante 1.500 oyentes, en su mayoría «caucásicos» (es decir: de raza blanca), expuso su teoría con palabras hirientes. Tensa, la sala escuchó la implacable acta de acusación. Y cuando Carmichael se calló, rompieron los aplausos de la mala conciencia.



Pocos días después, en la sala de baile a donde se va, sandwich y coca-cola en mano, a matar la pausa del mediodía, otro americano negro contaba cómo Jesús había descendido sobre él para predicar a sus hermanos.

Al día siguiente del asesinato de Martin Luther King, profesores y decano han tomado la palabra en el perímetro de la libertad. El decano —ya era sabido— abandonaba la Universidad para hacerse cargo de la dirección del más importante diario del Estado, «Los Angeles Times». Allí, los universitarios, incluso los de Letras, pasan de su cátedra a la industria, al mundo editorial, o incluso al Departamento de Estado, con toda naturalidad. Al final de los discursos, cada vez más exaltados, un centenar de estudiantes descendió con el «Peace and Freedom Party» hacia el poblado de Westwood, para pedir a los comerciantes que cerrasen sus tiendas el lunes, en señal de duelo. Tuvieron poco éxito.

Según los sociólogos, el «Peace and Freedom Party» tan sólo podría alcanzar peso convirtiéndose en grupo de presión dentro del partido demócrata. Por ahora, trata de ligarse a los movimientos negros, con un éxito fluctuante. Su clientela se recluta principalmente entre los intelectuales y los estudiantes, a los que se unen algunos trabajadores deseosos de un socialismo mal definido.

los «panteras negras»

Recuerdo un mitin posterior al asesinato de Luther King y de otros dos militantes negros, ignorados por el luto nacional. El «Peace and Freedom Party» había alquilado un music-hall en el barrio «hippy» de Los Angeles. La media de edad oscilaba en torno a los veinte años. El principal orador era un cantante negro, Dick Gregory. El tampoco hacía concesiones a la mayoría «caucásica» de su público, pero su don para hacer reír, su don de feroz humor, provocaba la risa de la sala... contra los blancos, contra ella misma. Este fenómeno masivo de distancia y de ironía oscilaba entre lo admirable y lo siniestro.

Más cruel fue otra experiencia: Una reunión, en un amplio estudio de artista de Santa Mónica, de una sección del «Peace and Freedom Party» con representantes de los «Black Panthers». Todo el mundo estaba sentado en el suelo, sobre cojines. Los «panteras negras», vestidos de modo paramilitar, tenían derecho a silla. Describiendo su situación, la inutilidad de la paciencia, decían más o menos lo mismo que el F. L. N. a sus amigos franceses partidarios de la independencia argelina: «Tan sólo os necesitamos como biombos, como escudos y como recaudadores de fondos».

Algunos estudiantes bien intencionados se refugian en movimientos como el «Civil Rights», las diversas organizaciones para el progreso de los negros, de los hispanoamericanos originarios de México o de Puerto Rico. En mayo ayudaron al arranque de la «Marcha de los pobres sobre Washington». El fracaso de este éxodo de la miseria les ha desanimado.

Para los profesores, el problema negro reviste, incluso en la más liberal de las Universidades, un aspecto propiamente pedagógico. Junto a algunos negros excepcionalmente dotados, están los que, a falta de tradición cultural familiar, a falta de apoyo intelectual y moral en su medio natal, tienen grandes dificultades para seguir los cursos, para mantenerse en el nivel exigido. ¿Qué hacer? Unos optan por la indulgencia; otros la consideran un desprecio... y, de hecho, eliminan a buen número de negros desde los primeros años de Universidad. Este problema de desigualdad de desarrollo en el interior de un mismo país aumenta de importancia a medida que se multiplican los estudiantes de color.

Nadie podía prever la explosión de la juventud francesa. Pero todos consideraban explicable el descontento de los estudiantes y su rechazo fundamental de la situación en Escuelas y Universidades.

Por el contrario, en Estados Unidos, y al menos en las Universidades que he conocido, la relación entre es-

tudiantes y profesores parece casi ejemplar. El curso magistral es muy raro, si no inexistente. Una vez pasados los primeros años, cada profesor o asistente dialoga con pequeños grupos. No es un actor que intenta captarse a una masa, sino un «maestro», en el sentido primitivo, que suscita las cuestiones y trata de deslizar su ciencia en las respuestas. No obstante, la «contestación» existe.

los marginales

«Lo que yo rechazo es el capitalismo», dice un futuro filósofo de veinte años. Una breve conversación demuestra que apunta menos al régimen económico, a la propiedad de los medios de producción, que al «American way of life», al culto del objeto.

La revuelta de los estudiantes está dirigida por pequeños «grupos de presión». Los más formados políticamente se inspiran en la idea de Herbert Marcuse, de que el proletariado está integrado en la sociedad, que la chispa de la revuelta (o de la revolución) sólo puede venir de los marginales; y los estudiantes, durante un breve período de su vida, son, en efecto, marginales.

la parte del fuego

Los grupos de presión no funcionan solamente dentro de las formaciones políticas, sino también en los consejos de estudiantes constituidos por departamentos y por año de estudios. Estos van ganando en importancia, en tanto que los tradicionales «fraternities» —esos clubs en los que se anudan las relaciones útiles para el día de mañana— pierden terreno. Las elecciones para los consejos de estudiantes desatan en el «campus» una batalla de gran estilo. Este año, en la U. C. L. A. ha coincidido con la «verdadera» campaña, la de las elecciones presidenciales, muy «calientes» hasta el asesinato de Kennedy. La mayoría de los estudiantes parece preferir a McCarthy. Este hombre mesurado, clásico en los enfoques, y que salvo la paz en Vietnam no aportaba

ningún proyecto innovador, les tranquilizaba. Kennedy era el «clan», la familia perfecta con exceso, lo más refinado que puede ofrecer el «establishment». Estos hijos de burgueses, a menudo riquísimos, se echaban para atrás. Sin embargo, los más politizados comprobaban que los negros y los hispanoamericanos se alineaban con «Bobby».

Entonces los «hippies» se cortaban el pelo, se afeitaban la barba, se cambiaban de ropa y empezaban el «puerta a puerta». El asesinato ha segado el movimiento.

Así pues, los estudiantes americanos están descontentos, pese a la excelencia de sus condiciones materiales. Su protesta alcanza al propio fondo del problema: la sociedad superindustrializada, superdesarrollada, la más rica del mundo.

El 24 de mayo, el ex consejero de Kennedy, John Kenneth Galbraith, profesor de economía política en Harvard, tomaba la palabra en Tokio para poner de relieve la universalidad de la rebeldía estudiantil: «Las manifestaciones de estudiantes a través del mundo, de París a Nueva York, muestran la rebelión contra los valores del sistema industrial. Los acontecimientos de Columbia no tienen nada de sorprendente. Son de desear cierto desacuerdo, cierta revolución».

La sociedad de consumo, las poderosas compañías donantes de Universidad facilitan el fuego. De todos modos, el «campus», el conjunto universitario, constituyen «ghettos» intelectuales. Un profesor de Facultad es, a la vez, estimado y despreciado. ¿Cuánto «hace» (¿cuánto gana?) al mes el mejor pagado de los profesores, el de física matemática? Menos que el más modesto empresario de la construcción. Para escoger ganar menos, sin tener vocación sacerdotal, ¿no hay que ser un perezoso (este pecado contra la producción) o un incapaz de «hacer» más? No son peligrosos, a condición de que sepan que la represión existe: de vez en cuando, hay que enfadarse con los intelectuales, esos chicos traviesos. Establecer alguna cosa, como una investigación, una violación de las leyes. ¿Una comisión de actividades anti-americanas, quizá? En cuanto a los estudiantes... ¡Buena, que se diviertan! Pero si la protesta resuena más que la represión... se llama a la policía.

■ DOMINIQUE DESANTI.